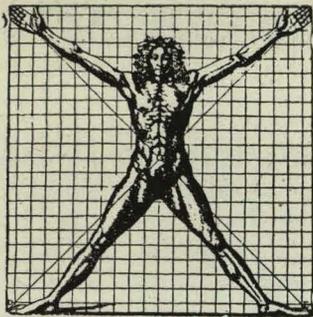


Centro de Madrid. Edificios oficiales y viviendas, mezclados en la mejor armonía.



SESIONES DE CRITICA DE ARQUITECTURA

LA CASA DE VIVIENDA en MADRID

Conferencia pronunciada por el arquitecto Miguel Fisac
en las Sesiones de Crítica de Arquitectura de Madrid

El tema que voy a tratar, de la casa de vivienda en Madrid, exige una explicación previa que justifique esto que puede parecer un atrevimiento inadmisibile o una tremenda inconsciencia, cuando en realidad es sólo el deseo de tratar un tema interesante a todos, pero queriendo, eso sí, abordarlo con la máxima sinceridad.

Después de las magníficas conferencias que se han dicho aquí, se presentaba el dilema o de elegir para su crítica un edificio de programa especial, siempre menos interesante, o el de acometer el de una casa de vivienda. Y al optar por esta última solución, antes de estudiar casos concretos, se ve la necesidad de analizar y criticar unos conceptos generales que son la raíz de muchos de los resultados singulares: acertados unos y lamentables otros, de la labor individual de cada proyectista.

Tal vez buscando esas raíces me he ido demasiado lejos, y ahora, viéndolo en perspectiva, me doy cuenta de lo ingente y desproporcionada que es toda esta labor. Viene a ser como la del historiador que, enlazando datos y fechas, se encontrara de pronto que había llegado a los orígenes. Que estaba con Adán y Eva en el Paraíso terrenal. Algo de ello me ha sucedido a mí; pero, sin embargo, creo que es preferible tratar a rasgos generales las ideas madres—que es, en muchos casos, de donde parten los aciertos o desaciertos de grandes planes estudiados profunda y concienzudamente—que el enredarse en minucias que en poco o en nada pueden aportar beneficios en el estudio del problema. Sin embargo, como muchas veces la dura necesidad me ha obligado a hacer aquello que no hubiera querido hacer, me ha servido, al menos, para tener, o comenzar a tener, esa comprensión—experiencia de los años, puede que se llame—que por temperamento no sentía antes, y que quizá tampoco sientan otros que sean más jóvenes.

EMPLAZAMIENTO DE LA VIVIENDA

Se puede decir que la arquitectura para vivienda es el elemento masa de las poblaciones. Es como el coro de la tragedia griega o como los mozos y mozas de nuestras zarzuelas.

Prescindiendo de otra sistemática más científica, estas masas arquitectónicas se agrupan en las poblaciones obedeciendo a tres criterios distintos.

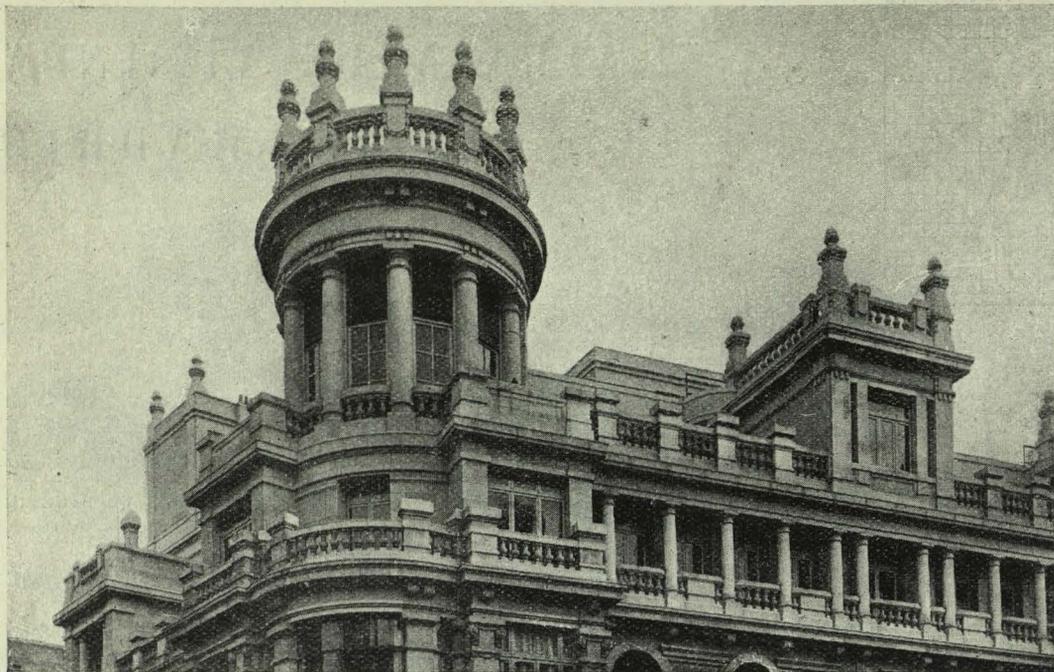
Formando parte de una población proyectada (recordemos el ejemplo típico de Carlsruhe y la misma urbanización de París por Hénard). En estos casos, siempre reducidos, la población es como un gran edificio, bella o fea, según sea el acierto o desacierto del proyectista.

Otro criterio de formación de ciudades es el que podríamos—un poco alegremente—denominar espontáneo. El que surge sin leyes promulgadas, sin limitaciones aparentes. Como se han formado nuestros pueblos, con esfuerzos individuales, sin más conocimientos técnicos que el sentido común, sin más arte que el intuitivo e inconsciente. España, que como se dice es el país del arte realista—y efectivamente lo es, pero en sus manifestaciones de arte culto: de pintura, de literatura, de imaginaria—, es, sin embargo, de un idealismo prócer en esas manifestaciones espontáneas e inconscientes de la belleza abstracta en la arquitectura, en la música y hasta en la filosofía populares. No es oportuno en este momento, pero sería de interés, analizar los frutos que podrían dar esos gérmenes de creación del arte popular que tiene como raíces el sentido común y el sentido intuitivo de la belleza al estudiar los graves y sesudos problemas técnicos de la urbanización actual.

Y, en fin, hay otra forma de crear poblaciones: dar criterios de ordenación, sustituir el proyecto de aquellos primeros y la intuición de los otros por una ley: las Ordenanzas municipales.

Quizá no nos guste esta solución, pero ¿es posible otra? ¿Se pueden, en la inmensa mayoría de los casos, proyectar las poblaciones? ¿Se puede, tampoco, dejar que surjan las poblaciones espontáneas? ¿Qué sería de Madrid, por ejemplo, si se dejara a cada propietario, ¡y a cada arquitecto!, que hicieran lo que quisieran?

Las Ordenanzas garantizan la incorporación de la arquitectura particular al problema técnico general y urbano que plantea una población actual y también pretenden garantizar la formación de bellos conjuntos urbanos.

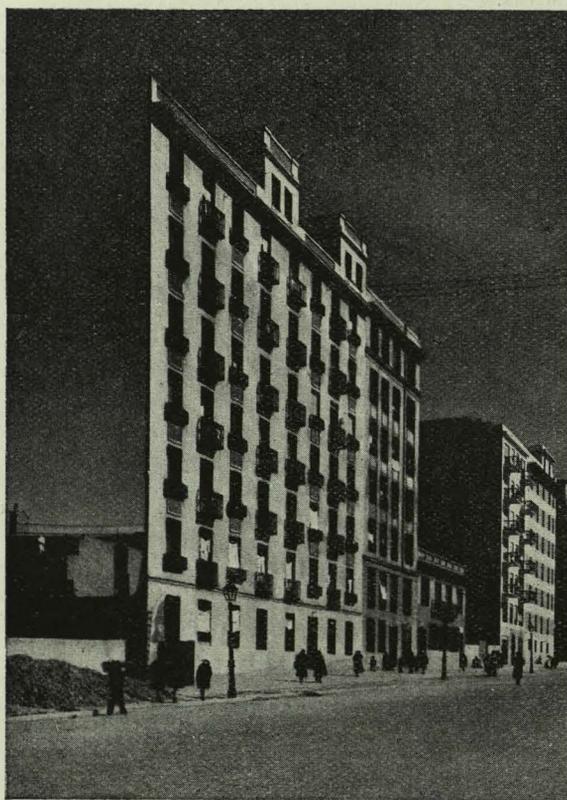


Aticos con torreones. Inútil despiljarro sin mayor beneficio estético.

Sin embargo, que la belleza tenga en general unas leyes, que bellos conjuntos urbanos respondan en general a una ley, no quiere decir de ninguna manera que la recíproca sea cierta: que una ley nos dé belleza faltándole aquello ilegible que se llama gracia. Y eso es lo que le falta a los conjuntos urbanos ordenados: les falta la piroeta individual de lo libre y espontáneo; porque están encorsetados en una ley y les falta también la gracia de conjunto que le puede dar la unidad de concepción de un proyecto.

Si las Ordenanzas es un mal irremediable, como parece que lo es, confieso paladinamente que las Ordenanzas de Madrid me parecen magníficas. Repasadas en conjunto, fuera del cotidiano análisis del caso concreto, se ve en ellas un acierto, un conocimiento de los problemas, una competencia técnica en el análisis de los diferentes y complicados casos que pueden presentarse, que realmente honran a los compañeros que tan meritoriamente las están llevando a cabo. Y si errores anteriores, como el de las medianerías, que ha dado a las calles de Madrid esa fisonomía de trozos de queso tan desagradable, son males de lento remedio, otras medidas ya están produciendo frutos abundantes. Para que no se piense que esto que digo es como por cumplir, diré que sólo me molesta—y esto es tema que después analizaremos—que perdure aquella Ordenanza del tercio de ático a fachada y que en cualquiera de las dos soluciones posibles en que se puede desarrollar: como dos pequeñas torrecitas laterales o como torreón central, queda siempre mal, y sólo la pericia de alguno logra salvarle del general naufragio. Menos mala es la solución de media planta que rige en las Ordenanzas de Barcelona, y francamente aceptable, me parece, la de dos tercios que marcan las Ordenanzas edilicias de Roma. Tal vez lo mejor sería suprimirla totalmente,

Fisonomía de inverosímiles medianerías madrileñas.



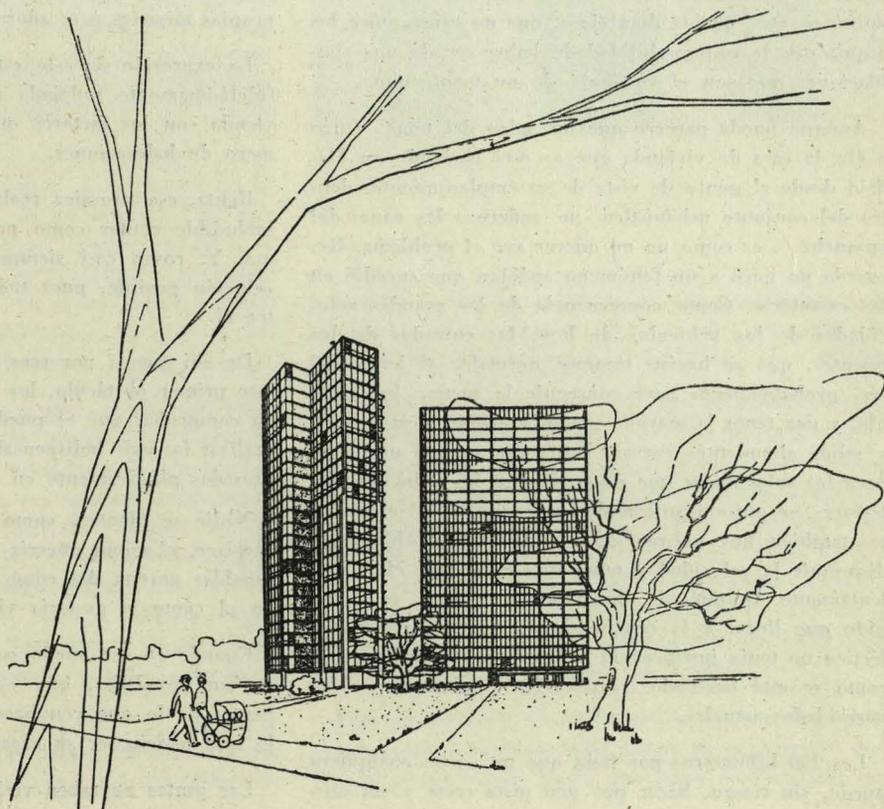
evitando así tener que convencer al propietario, en aras de la belleza, de que prescindiera de esta pequeña piltrafa de rentabilidad.

LA ADAPTACION DE LA CIUDAD A PROBLEMAS NUEVOS

La vida evoluciona, la ciudad que se hizo teniendo en cuenta unos factores, ha de aprovecharse con otros que han surgido y que era imposible prever. Los medios de locomoción y la abundancia y diversidad de ellos, indispensables para poder transportar ingentes masas humanas de unos puntos a otros, han hecho poco menos que imposible la adaptación de aquellas poblaciones a estas necesidades. En aquel Madrid que en 1890 trasladarse desde la Puerta del Sol a la Universidad, en la calle de San Bernardo, costaba muy pocos minutos en unos tranvías tirados por mulas o en aquellos otros grandes carruajes, tipo diligencia, que los llamaban «riper», que iban por aquellas callejas de guijarros puntiagudos dando tumbos entre voces del cochero para avisar de su paso a las gentes. De aquel Madrid al de hoy, en poco más de medio siglo, ha pasado un abismo mucho mayor que el de siglos y siglos de otros períodos.

Pues bien, aquella población, aquellas calles, son poco más o menos las actuales. Todos los remedios que se quieran ingeniosamente adoptar para solucionar el problema son insuficientes. Algunas veces irritantes y contraproducentes. Las direcciones únicas, los guardias de ordenación del tráfico, que como hongos—no diré que venenosos, sino más bien «bondadosos»—han surgido en cada esquina de Madrid, no sólo no mejoran el pro-

blema, sino que lo agudizan, queriendo en muchos casos, con una ingenuidad digna de mejor causa, querer demostrar por reducción al absurdo, desde luego, que no existe problema de aparcamiento, pongo por caso, no dejando aparcar a nadie. Y a propósito de esos guardias «bondadosos»—y como inciso que quizá no viene mucho al caso—, diré que estos de Madrid me recuerdan a los relojes blandos de Dalí. Dice Dalí que de sus recuerdos de ser nonato le quedó una aversión a lo duro, y al reloj como representante más calificado de la dureza, con sus ruedas dentadas y sus ejes rígidos y precisos. El guardia ordenador de tráfico debè ser algo de rueda catalina de la circulación, pero los guardias de Madrid tienen también esa fobia daliniana a lo duro. Te miran bondadosos cuando vienen y no se atreven a pararte ni a ordenarte que pases; se limitan a iniciar algún consejo que quizá, luego, tú tienes que rectificar bruscamente con un frenazo a la vista de otro vehículo que cruza. En las poblaciones antiguas—casi se podría decir, en términos generales, en las poblaciones, puesto que todas están anticuadas por pocos años que tengan—se vive hoy muy mal. Un periodista norteamericano hacía la observación de que en el centro de Nueva York el trasladarse de un punto a otro costaba, aproximadamente, el doble de tiempo que se tardaba en recorrerlo cuando los vehículos eran coches de caballos. Este tema del transporte no es lo único inadecuado en las poblaciones viejas. El ruido y la falta de contacto con la Naturaleza son dos males no menores. El contacto, sí, con esa Naturaleza que hizo Dios. Cuando se habla de la Naturaleza, cae como una afrenta el insulto burlesco de los «placeres esenciales» de Le Corbusier o se le tilda a uno de romántico-rousseauiano. Como si esos se-



Contacto con la Naturaleza. «Placeres esenciales», de Le Corbusier.

ñores hubieran descubierto la Naturaleza, como si hubiera que llevarles sistemáticamente la contraria, aunque una vez lleven razón.

La calle ha perdido la homogeneidad que tenía para convertirse en la localización forzada de elementos dispares imposibles de unir. No podemos pretender montar un motor de explosión en el chasis de una manuela; ni sus ruedas ni sus muelles están en condiciones de resistir las grandes velocidades. Si los coches de gasolina se parecieran algo a ellas, en aquellos momentos heroicos de 1910, en que sus ocupantes iban envueltos en pieles y gafas por los caminos polvorientos a velocidades de vértigo de 20 y 30 kilómetros por hora, que hacían comentar a las gentes de los pueblos, y consigno literalmente la de uno del mío: «Estos hombres tienen la vida *aborrecía*, los modernos coches de explosión en nada recuerdan los de aquellos primeros momentos. Las poblaciones pudieron como transición parecerse en algo a las anteriores. Pero éste es un momento de duda que es indispensable superar.

La población nueva es otro problema distinto del anterior. No se resuelve ensanchando las calles hasta lo monstruoso; se resuelve estudiando los problemas como lo que son, como nuevos; se resuelve ensayando con riesgo, pero siempre con menos riesgo que siguiendo lo malo a conciencia, la posible solución de los problemas que tenemos planteados. La circulación única, el guardia de tráfico, toda otra medida, no pasan de ser medicinas para uso externo que nada mejoran la grave enfermedad que padecen los núcleos urbanos. Es preciso decidirse a poner el problema en la mesa de operaciones: a abrir, a rasgar, a cortar. A tomar soluciones definitivas.

Si estas soluciones no se pueden tomar porque lo impiden conveniencias económicas particulares, razones políticas, etc., que se diga claro, que no caiga sobre los arquitectos la responsabilidad de haber creado unas poblaciones que son el vestíbulo de un manicomio.

Aunque pueda parecer que me salgo del tema, vengo a él; la casa de vivienda que se está haciendo en Madrid desde el punto de vista de su emplazamiento, dentro del conjunto urbanístico—me refiero a las zonas del ensanche—, es como un no querer ver el problema. Recuerda un poco a un fenómeno análogo que sucedió en las carreteras. Como consecuencia de las grandes velocidades de los vehículos de hoy, las entradas de los puentes, que se hacían siempre normales al lecho del río, probablemente para conseguir la menor luz posible, y por tanto la mayor economía, tenían a su entrada y salida abundantes curvas. Esto, que no era problema para las velocidades que desarrollaban los vehículos anteriores, se quiso justificar diciendo que eran convenientes también hoy porque de esta manera se obligaba a disminuir la velocidad y tener que pasar por ellos más lentamente. Después de numerosos accidentes, se ha tenido que llegar a la conclusión de que ese ardid dialéctico no tenía justificación práctica, y que era preciso, como se está haciendo, rectificarlos y adaptarlos a las necesidades actuales.

Los 100 kilómetros por hora que un coche cualquiera puede, sin riesgo, hacer por una pista recta y sin obs-

táculos, están muy lejos de la marcha del peatón, están muy lejos del cruce en plaza circular, del cruce a la misma rasante con amplios chaflanes; están muy lejos del guardia de tráfico, del peatón, de los niños, de la vivienda. Exige una separación total. No caben medias tintas. No se puede cubrir con capa de sensatez lo que puede ser timidez. No es querer fomentar la inconsciencia ni el snobismo, pero sí señalar errores que tal vez se vean más claros desde fuera para fomentar el estudio de nuestros problemas a fondo, para ordenar nuestra vida en nuestras viviendas; de una manera sana y alegre, conociendo los nuevos problemas que se presentan, los que se pueden prever que se presentarán más adelante y también nuestros errores pasados y los errores y los aciertos de los demás.

LA VIVIENDA Y LA MANERA DE VIVIR

La arquitectura de la vivienda ha de ser la expresión de la manera de vivir.

Pero de este enunciado surge un torrente de preguntas. ¿Cómo se vive? ¿Cómo se querría vivir? ¿Cómo se debería vivir?

Si se pregunta que cómo se vive, cualquiera respondería que como se puede. La realidad aparece en todos los casos tan por debajo de cualquier representación imaginativa, que no es posible el diálogo. Tal vez la brusca rotura, por alejamiento, de ese diálogo, entre creación imaginativa y realidad, sea la causa de esa tristeza, de esa desesperanza que es la enfermedad endémica del espíritu de nuestro tiempo.

Las gentes no creen. No tienen fe sobrenatural ni tampoco fe natural. Se vive una vida mecánica, somnambula. El espíritu o se revuelca con morbosidad en sus propias miserias o se adormece con la droga del olvido.

La expresión de este estado de la vida actual queda fidelísimamente reflejada en su arquitectura de la vivienda con los factores que la definen de renta y número de habitaciones.

Renta, esa prosaica realidad mensual, con la que es ineludible contar como primerísimo factor del problema. Y, como casi siempre, este solo factor no tiene solución posible, pues toda la energía se rompe contra él.

De ahí que si por rara casualidad es posible superar este primer obstáculo, los restos de ilusión se invierten en comprobar que se puede vivir; que son posibles de realizar las más indispensables funciones familiares: expresadas plásticamente en el número de habitaciones.

Nadie se plantea, como problema serio que interesa resolver, el cómo querría vivir. El peso que sobre sus espaldas gravita del cómo vivir, le impide entretenerse en el cómo le gustaría vivir.

Cuando en ese sueño colectivo que es el cine no se sueñan pesadillas, que es hoy lo más corriente, las gentes de lo que ven hacen su pequeño sueño propio, lo que podría ser su casa, su vida.

Las gentes no saben vivir porque tienen que vivir, y

Las casas madrileñas del siglo pasado con fachadas tan pulcras, bien compuestas y señoriales.

si se pararan a pensar cómo querrían vivir querrían vivir como han soñado, como les han enseñado a soñar. Sin criterio, sin moral, como han visto en el cine, como han leído en el novelucho.

Y cuando alguien ha podido llegar a realizar el sueño, copia lo que le ha enseñado la imaginación rudimentaria de cualquier guionista de cine yanqui. Y comentan felices: «Tenemos una casa como de cine.»

Los arquitectos españoles, que nos negamos a aceptar ese programa de manera de vivir, que sirve de base en casi todos los proyectos de casa de vivienda extranjeras, porque no aceptamos su moral, o mejor, su sentido amoral de la vida, ni aceptamos tampoco sus costumbres, ni sus vicios, hacemos bien. Pero si no tenemos programa propio, si no tenemos una idea clara de cómo se debe vivir, de cómo hay que encauzar la vida familiar en España, no podremos hacer una labor positiva.

La renta, el número de habitaciones, las Ordenanzas municipales. La solución renqueante del problema, con estos factores, no es labor de arquitecto. Está al alcance de todas las fortunas. Lo hace cualquier delineante listillo. Por eso hay firmones, por eso el propietario se resiste a pagar las minutas, que son más impuestos gubernativos que honorarios facultativos. Por eso la labor social, vital, del arquitecto se arrincona, y si seguimos así terminará por desaparecer; se diluirá entre los mil y un menesteres cotidianos de una sociedad acéfala que marcha a la deriva, que sí evoluciona en sus costumbres, pero sin rumbo, sin guía, sin meta.

Algunos arquitectos se quejan de la tiranía que sobre el proyectista ejerce el propietario, y es verdad en lo que pueda tener de capricho, de arbitrariedad sin contenido, que es necesario corregir, orientar, reeducar si es preciso. Pero no es verdad, en la recíproca, en lo que supone torcer con sentido común o con sentido real de la vida todo lo que la idea del arquitecto tiene de lucubración postiza, falsa, seudonueva o seudotradicional.

Ningún propietario se opone a que una vivienda tenga sobre la cantidad total edificada un tanto por ciento de superficie útil mayor. Ningún propietario se niega a que la distribución de la vivienda sea racional, corresponda a unas funciones familiares correctas y dignas. A ningún propietario le molesta que la vivienda tenga una disposición de recintos que hagan posible una vida familiar moral, cristiana, alegre, cómoda. Ningún propietario impone, ni le gusta, lo feo. Pero..., en fin, siempre es bueno que haya propietarios a quien echarles la culpa.

Me podréis decir, me diréis ahora después: Pero, bueno, pero entonces el arquitecto ¿ha de llevar la



batuta de la vida nacional, de la vida familiar? No, no ha de llevarla totalmente. Pero ha de tener una importantísima participación en toda la dirección de ella.

La vida del hombre es como una magdalena—perdonadme la rusticidad del símil—. Tiene como la magdalena masa, levadura y molde. Sin masa no habría magdalena, sin levadura no se esponjaría, no llegaría a adquirir esa calidad especial, tierna, comestible. Sin molde no sería tampoco magdalena, no tendría esa forma clásica, esos picos, ese punto de cochura. La autoridad espiritual, la autoridad civil: levadura y masa. Del arquitecto creo que se podría decir que es la autoridad formal de la sociedad: el molde.

Pero es necesario que, conociendo nuestra responsabilidad, sepamos también valorarla en su justo medio, medir las posibilidades, hacer una labor positiva más que

una idealidad imposible de llevar a la práctica, que para nada serviría.

Es más, se impone la revisión de algunas medidas legislativas—la de superficies mínimas entre otras—que están gravemente obstaculizando la posibilidad de construir viviendas más económicas, más asequibles a las clases modestas.

A la vista de una planta de esas de vivienda corriente, a cualquiera de nosotros se le ocurriría criticar duramente, como inadmisibles, muchas de las cosas que se pueden hacer y que, sin embargo, sin encarecer la construcción, podrían corregirse compensándolas con otras que no se pueden hacer.

No quiero terminar este capítulo sin un comentario a los muebles.

¿Quién debe hacer los muebles? Si como debe ser, y como es por ahí fuera, es labor de los arquitectos, ¿podemos consentir los arquitectos que se siga dando vueltas y vueltas, cada vez más desafortunadamente, a esos estilos históricos, históricos, coloniales e isabelinos?

EL EXTERIOR DE LA VIVIENDA

Se dice que la cara es el espejo del alma. La cara de la planta es su fachada. Y ¿qué nos dicen las fachadas de las viviendas que se hacen hoy en Madrid? Descontando raras y honrosas excepciones que todos conocemos, la mayoría de las fachadas no nos dicen nada, y en otros casos dicen de un mal gusto, de una falta de sentido arquitectónico y de una falta de sentido de la composición aterradoros.

Vamos a analizar sus causas:

¿Qué factores entran a formar parte en la composición de una fachada?

En primer lugar, un factor de forma, exteriorización de unas necesidades internas, que podríamos llamar de planta, que es, no sólo preciso respetar, sino muy conveniente destacar y exaltar. Todas las buenas arquitecturas de todos los tiempos cumplen este requisito necesario, indispensable, pero no suficiente, aunque se empeñen en hacérselo creer así esos que se llaman funcionalistas.

Hay otro factor casi inseparable del primero, y es el que eleva la construcción a la categoría artística de arquitectura. Es ese hálito indefinible, «ese no sé qué» de que nos habla Feijoo, que no hay Vitruvius ni Vignolas que nos lo puedan enseñar. Es un sentido inapelable de lo que es feo y de lo que es bello. Es una intuición del orden—la suprema virtud de la arquitectura—, pero de un orden que no es sequedad a palo seco, de una simetría sin alma, sino que es espíritu de orden: armonía. Es también un sentido de ponderación, de proporción entre el hueco y el macizo, entre las masas y los espacios, entre el todo y las partes.

Aquí es donde interesa consignar lo funesto que puede ser para una población el que en sus ordenanzas se establezcan obligaciones estéticas que no sean acertadas. Pongo por caso, los famosos áticos de que ya hablamos.

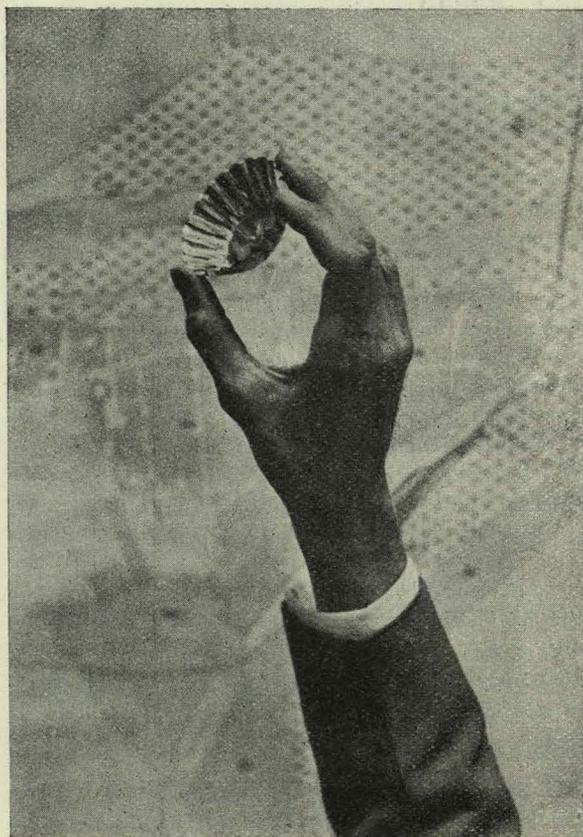
Y pregunto yo: ¿Por qué en lugar de legislar detalladamente unas Ordenanzas estéticas, que en el fondo parecen como si reflejaran una marcada tendencia gubernativa a fomentar y proteger lo mediocre y lo ramplón, dándole el mismo trato, y aun mejor a veces, que a lo acertado, a lo bueno e incluso a lo genial, no se valora más el acierto personal individual, que es justicia? Lo injusto es esa pretendida igualdad. De esta otra forma se estimularía lo bueno y se mejoraría lo mediano.

Esa tesis injusta del igualamiento para no herir susceptibilidades u ocasionar perjuicios, por supuesto para no ocasionar perjuicios a los malos, parte ya de la Escuela. Se da el consabido aprobado al proyecto marcadamente bueno que merece matrícula de honor, igual que a ese otro que pasa rozando el suspenso. Y se sigue luego dando la aprobación en el Ayuntamiento al proyecto que es como una lacra para Madrid, con la misma facilidad que a otro que lo honre y embellezca.

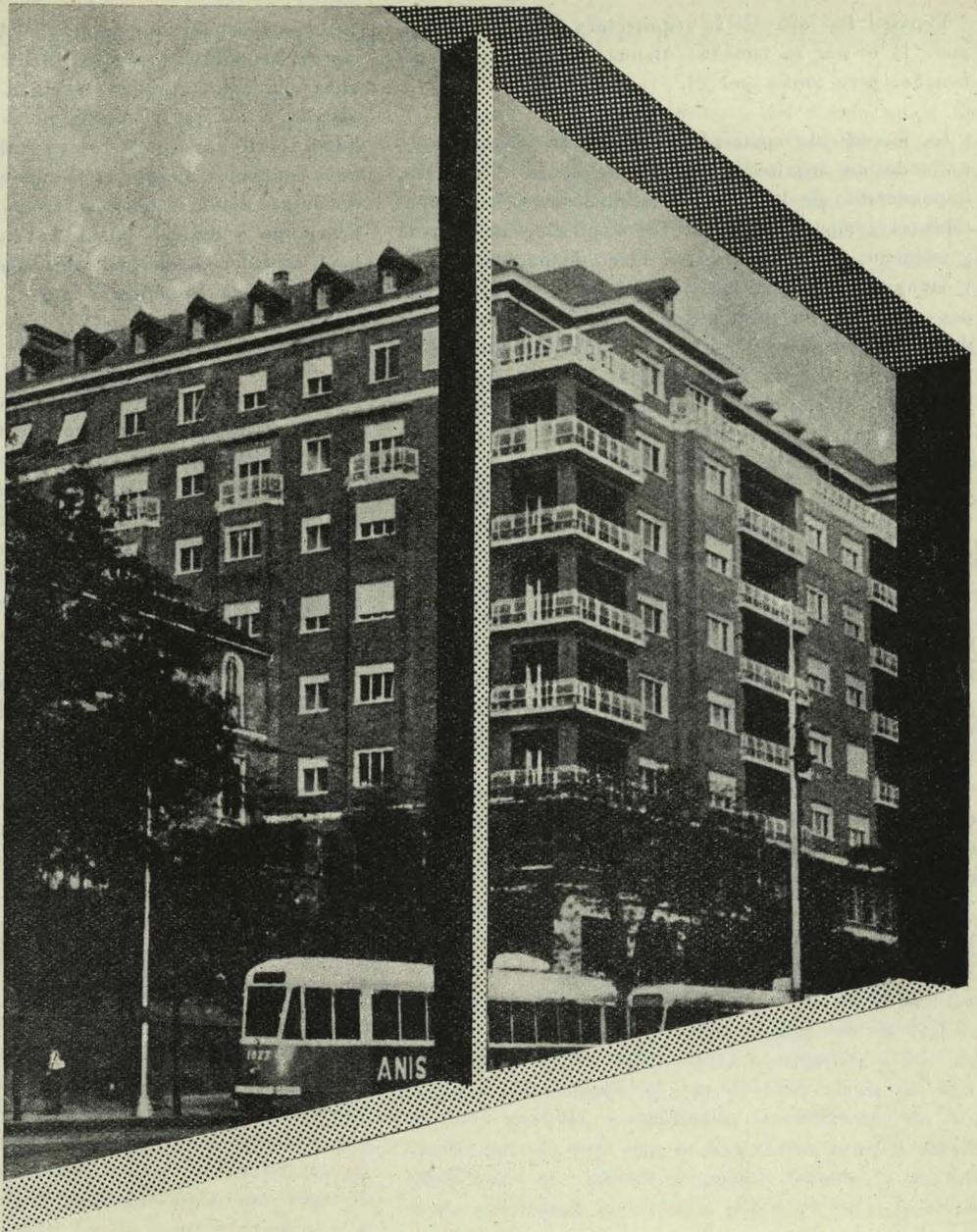
¿Qué otros factores importantes intervienen, a más del formal, en el exterior de los edificios? Opino que la calidad de los materiales. No creo en una completa exaltación de la forma si no va acompañada de la expresión, no de una calidad, sino de su calidad. Aquí creo que está la clave de muchos desaciertos, al enmascarar la expresión de su calidad, por una expresión de otra calidad, tal vez como más noble intrínsecamente, pero no suya en aquel caso concreto.

Por ejemplo: ¿Quién va a negar la nobleza de la

El arquitecto es molde de la sociedad.



Arquitectura sencilla, lógica, natural. Para que el hombre recobre la calma y el reposo a que obliga esta absurda vida moderna.



pedra como material constructivo? Pues bien, una fachada con muros de carga de ladrillo o con estructura de hormigón armado, chapada de piedra como si fuera cantería, es un despropósito de todas maneras. Si su composición de huecos y macizos responde a su estructura interna, es un despropósito estático-estético. Si responde a su estructuración externa, como de piedra, es un despropósito en el tiempo; se despega como un postizo de los factores económicos, de trabajo y de sentido de la vida de hoy.

Y queda otro gran factor, el factor local, el de situación dentro del conjunto, dentro del paisaje.

La forma de armonía más normal, más fina, más conveniente, en la mayoría de los casos, es la analogía; rara y breve ha de ser siempre la armonía de contrastes.

Por eso un conjunto con sólo armonías de contraste no es un conjunto armónico; es un desorden en la forma y un abigarramiento en el color. Si a más de todo eso cada arquitecto quiere dar el «do de pecho», quiere «achantar» a todo lo que le rodea, el resultado se puede decir que es una calle de Madrid.

Y aparece ahora en escena el colosalismo. El colosalismo es una de las más calamitosas enfermedades arquitectónicas que padecemos en España, y no sólo en España: más aguda es aún en Italia; más imponente y más sombría, aunque en nuestra misma línea, es la de Rusia; de otra manera, más elegante, más femenina podríamos decir, en Francia.

En todos los casos el colosalismo es, y ha sido siempre, expresión de desequilibrio y de falta de espíritu creador.

Repasad las joyas de la arquitectura del pasado. Ninguna lo es por su tamaño; alguna es joya a pesar del tamaño, pero nunca por él.

En un artículo aparecido en la revista *Casavella*, estudiando un arquitecto italiano ese contenido secreto, imponderable de la verdadera obra de arte, hacía unas sabrosas comparaciones entre el Capitolio, arrinconado y pequeño, y el monumento a Víctor Manuel, destacado y arrogante, de materiales riquísimos y de proporciones correctas. Lo mismo que de éste se podría decir de aquel gigantesco Ministerio de Justicia, también de Roma, o de nuestra Biblioteca Nacional, por ejemplo. ¿Por qué, si estamos de vuelta de ese colosalismo, si sabemos que eso no es la clave de la belleza ni del éxito, nos aferramos a él? Estimo que eso es—aunque nos duela—falta de señorío y sentido íntimo de impotencia. Ese mismo sentido que hace despóticos a los débiles.

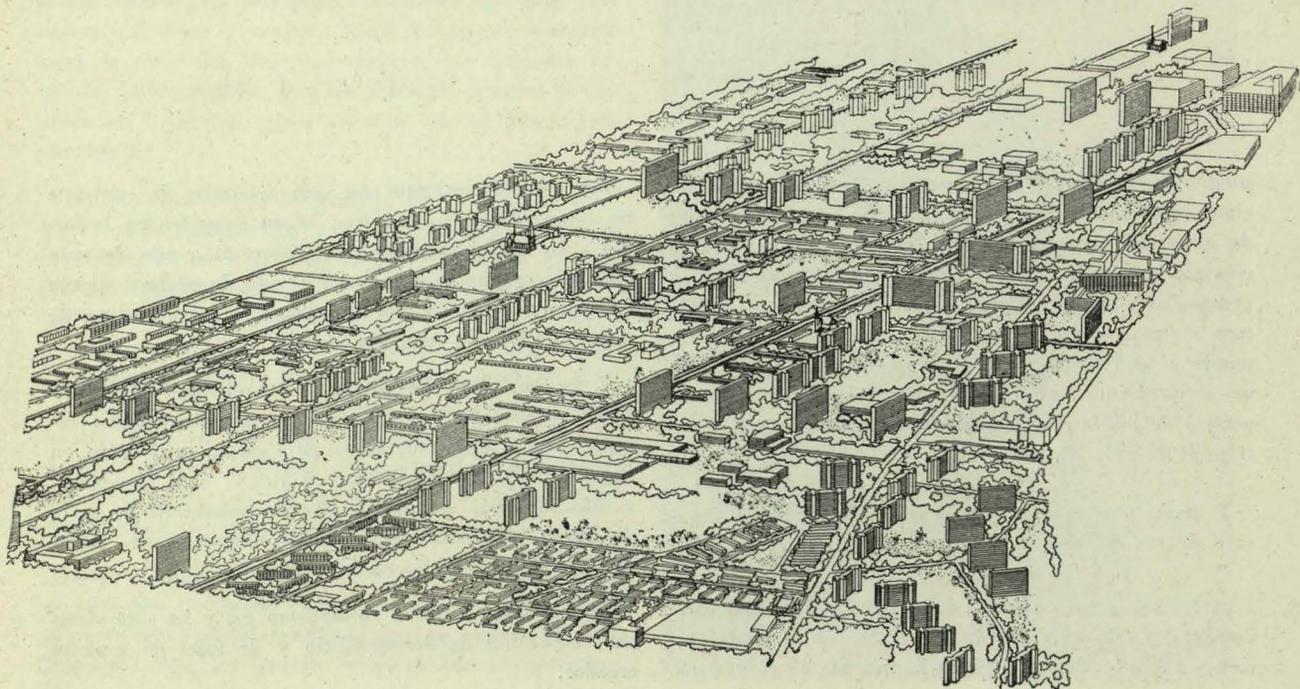
No es, por otra parte, vicio que hayamos heredado de otras generaciones. Porque ¿dónde está, en nuestras poblaciones admirables y admiradas, lo grandilocuente? ¿Dónde están las grandes avenidas arquitectónicas a lo Campos Elíseos en Avila, en Segovia o en Toledo?

Queremos producir unos efectos de admiración. Hacer que las gentes se queden paletamente boquiabiertas, porque no nos sentimos capaces de hacerles vibrar, de hacerles llorar de emoción.

Y vengo a todo esto porque lo que necesitamos es hacer esa arquitectura sencilla, lógica, natural, rodeada de unos ambientes también sencillos, apacibles, claros y alegres, a los que se pueda llegar con rapidez y facilidad, pero por conductos radicalmente separados de estos ambientes. Porque estos ambientes han de ser lugares de paz donde el hombre recobre la calma y el reposo de cuerpo y espíritu que le roban el ajeteo y el trabajo agotador intelectual, muscular y nervioso a que obliga la vida moderna.

Y termino sacando a la palestra un tema que se había quedado rezagado: el estilo. ¿Creéis que si proyectáramos teniendo en cuenta todos los factores técnicos y artísticos que debemos tener en cuenta nos acordaríamos del estilo, del estilo que habríamos de adoptar? Creo que no. El estilo ha sido siempre ese resultado único, concreto, que han llevado unas condiciones especiales de la vida del hombre en cualquier período de la historia.

Nos planteamos el problema del estilo porque no sabemos adónde vamos, porque no sabemos lo que queremos; cuando sepamos lo que queremos, intentaremos alcanzarlo. Los medios, o mejor, la expresión de esos medios para conseguirlo, sería nuestro estilo. Tendremos estilo cuando olvidemos que existe, cuando no nos lo presentemos como un problema más a resolver. Cuando surja fácil, natural, espontáneo, como algo interno, consustancial con nosotros, con nuestra manera de concebir la vida y de vivirla.



INTERVENCIONES



FRANCISCO PRIETO MORENO

Está muy bien en teoría esta conferencia, pero cuando las cosas se pretende que sean realizables no se pueden soslayar muchos aspectos del problema, sobre todo si aquéllos son importantes. Y me refiero al problema del suelo, que Fisac no ha tratado.

Estamos haciendo gestiones para llegar a la formación de una Ley del Suelo, que ayudará en grandísimo modo a hacer posible la construcción de esas viviendas que pide Fisac, sin temor a la especulación.

LUIS GUTIERREZ SOTO

Hay que ir a la creación de una conciencia ciudadana por virtud de la cual se estimen convenientes, para toda la comunidad, los modernos postulados de la nueva vivienda. Y esto, naturalmente, tomando en consideración todos los intereses afectados: el propietario, que es lógico quiera obtener una renta a su capital; los arquitectos, que es natural pretendan hacer una obra correcta, que, si es posible, les dé honra y nombre, y el inquilino, que quiere vivir con el confort y dignidad que los actuales avances técnicos y sociales ponen a su disposición.

Sólo estos distintos puntos de vista están, con demasiada frecuencia, encontrados, la solución de este problema de las zonas residenciales en las ciudades es difícil y espinoso. Es evidente que a nosotros los arquitectos nos corresponde la principal tarea, y con el mayor espíritu debemos enfrentarnos con todos los problemas que se nos presenten.

JOSE FONSECA

A mi juicio, tratar el problema del suelo, desde luego fundamental, es apartarse del objeto de esta sesión tal como está planteado por la conferencia de Fisac.

Como se ha hecho alusión a las ordenanzas del Instituto Nacional de la Vivienda sobre la conveniencia de reducir las dimensiones allí exigidas, he de contestar

que esta crítica se hace siempre por aquellos que no la han empleado.

Creo que desde los organismos del Estado no se deben dar disposiciones conducentes a la construcción de viviendas miserables. Son mínimas, sin posible reducción, las dimensiones que las Ordenanzas del Instituto Nacional de la Vivienda dan para el alojamiento de personas modestas. En ellas se atiende a la posibilidad de que el padre de familia y los otros miembros de ella tengan sitio en la casa para hacer algún trabajo de artesanía, fuera del suyo diario, que les permita aumentar sus ingresos.

RAMON ANIBAL ALVAREZ

Me ha parecido excesivamente negativa la conferencia de Fisac. No sólo estimo que no todo lo que se ha hecho en los últimos treinta años en Madrid no es malo, sino que creo que es muy bueno en una gran parte. Y el avance que supone, no ya sobre las construcciones de los siglos pasados, sino con las de principios de siglo, es sencillamente colosal.

Negar que en Madrid se construyen hoy unas viviendas estupendas es negar la realidad de los hechos.

RICARDO MAGDALENA

De acuerdo con Anibal Alvarez. A mí me parece que este tema de la vivienda debía tratarse con un espíritu más concreto y de mayor crítica constructiva y útil. Estudiando la vivienda en sus distintas clases de lujo, media y modesta, y analizando las soluciones de tipo medio que de cada una se han hecho aquí, y viendo cómo y de qué manera se pueden mejorar, y de este modo subsanando los defectos que entre todos fuéramos encontrando.

FERNANDO CHUECA

Al estudiar el tema de la vivienda en Madrid nunca podemos olvidarnos de la ciudad antigua: es distinto el caso de las diferentes zonas de la ciudad y el problema de la vivienda en ellas dentro del enorme organismo que es Madrid debe ser estudiado en todas con la misma atención y cuidado. Las soluciones más atrevidas, atractivas y elegantes no pueden aplicarse por todas partes: ningún país puede hacer tabla rasa de lo existente, y menos nosotros, españoles, que nos movemos con pocos medios.

A mí me interesan, por ejemplo, las antiguas viviendas de corredor madrileñas, y creo que haberlas desechado sin más ni más ha sido una equivocación. En estas galerías los artesanos encontraban lugar y sitio apropiado para instalar sus útiles de trabajo y llevar a cabo éste.

LUIS MOYA

El tema que ha planteado Fisac es de tal amplitud y nos atañe e interesa tan profundamente a todos y tenemos tanto pensado sobre ello, que es natural que cada uno de nosotros vaya descubriendo una particular faceta del problema.

A los arquitectos españoles nos incumbe estudiar muy a fondo el proyecto de la vivienda, haciendo una labor en común de modo que los logros y avances que cada arquitecto consiga en su estudio particular lleguen a los demás, para que así, con un trabajo de conjunto, obtengamos los mejores resultados. De una manera parecida a como actúa la investigación moderna, en la que cada nuevo paso en una materia dada, la curación del cáncer, por ejemplo, es conocido en todo el mundo, y así los distintos especialistas pueden continuar trabajando sobre la nueva idea.

Está mal que lo que un arquitecto consigue en beneficio de la vivienda—problema fundamental de índole social—no sea en seguida divulgado en beneficio de todos.

Otro aspecto que muy directamente nos afecta es el

La calle Alcalá a principios de siglo, con sencillos problemas de tráfico.

de la dirección de las obras, pero auténtica dirección, para en ellas ver y estudiar el modo de corregir muchas deficiencias y gastos tontos que allí se realizan. Por ejemplo, el material que se desperdicia en las obras. En una obra se puede calcular que sale en escombros el 20 por 100 del material nuevo que entra. Es decir: que de cada cinco toneladas de material que ha entrado, se tira una. Es obligación nuestra que estas cosas no sucedan.

ANTONIO VALLEJO

Muy oportuna esta intervención de Moya. Yo soy partidario de que en otras sesiones se traten temas perfectamente concretos: proyectos nuestros que se juzguen aquí y cuya crítica constituiría una gran enseñanza para todos.

Lo que pretendemos todos es hacer buena arquitectura del mejor modo posible. Unas correcciones de compañeros, amistosas y leales, no podrían llevar molestia para nadie, y el fruto que todos sacaríamos sería del mayor valor.

